

El incierto devenir de los movimientos sociales urbanos

Fernando Díaz Orueta*

María Luisa Lourdes Seoane**

1. PRESENTACION

La discusión acerca del papel que cumplen los Movimientos Sociales Urbanos (MSU) dentro del siempre conflictivo proceso de construcción de la ciudad y sobre el lugar que ocuparían entre las distintas formas de acción colectiva, son dos señales inequívocas de la existencia de un importante campo de reflexión y debate en las Ciencias Sociales. A partir de la década de los ochenta, la acción de los MSU debe ser contemplada en un contexto complejo y novedoso. La implementación de políticas llamadas de participación, unidas de manera casi universal a la introducción de prácticas descentralizadoras en el nivel local de la administración, la profunda reestructuración económico-territorial y la creciente crisis de legitimidad del sistema democrático tradicional, obligan a redefinir análisis, posicionamientos y propuestas anteriormente admitidas.

Ahí está, por ejemplo, el esfuerzo analítico realizado por *M. Castells*, uno de los investigadores sociales que ha llevado más lejos el empeño por comprender la naturaleza y significado de los MSU, definiéndolos como sigue:

"(...) una práctica colectiva consciente que se origina en problemas urbanos y es capaz de producir cambios cualitativos en el sistema urbano, la cultura local y las instituciones políticas en contradicción con los intereses sociales dominantes, institucionalizados como tales al nivel de la sociedad" (M. Castells, 1.986:375).

Se había pasado ya de un primer momento en que *M. Castells* (1.981:150) vinculaba prácticamente en exclusiva a los MSU con la satisfacción de los llamados *medios de consumo colectivo* (vivienda, sanidad, educación, transportes, etc), a otra etapa en la que se amplían los supuestos polos básicos de interés de los MSU. En 1.986, a las demandas nucleadas alrededor del consumo colectivo, *M. Castells* añade otras dos: la defensa de la

* Profesor Titular de Sociología de la Universidad de Alicante.

** Becaria FPI. Universidad del País Vasco

identidad cultural asociada a un territorio concreto y la movilización política ligada al gobierno local. Paralelamente, *M. Castells* relativizó la importancia histórica de los MSU. Estos habrían llegado a ser vistos como nuevos actores históricos del cambio social. Sin embargo, después de un pormenorizado análisis de movimientos a lo largo de la historia y, qué duda cabe, tratando de dar respuesta a las numerosas críticas al excesivo reduccionismo de su obra, *M. Castells* afirmará que, si bien en los MSU se encuentran presentes los contenidos básicos de todos los grandes conflictos históricos de nuestro tiempo, lo cierto es que en su acción estos buscan la transformación de la ciudad. No podrían transformar la sociedad, serían una reacción, no una alternativa (*M. Castells*, 1986). Unos años más tarde se hacía la siguiente pregunta:

"¿En qué medida pueden mantenerse formas, ritmos, orientaciones de los movimientos sociales tal y como se constituyeron hace 20 ó 25 años, en un mundo que ha cambiado extraordinariamente en los últimos 10 años?" (M. Castells, 1992:9).

En este texto, *M. Castells* plantea que en la etapa actual el movimiento vecinal puede jugar un papel importante como elemento articulador entre lo local y lo global. Las asociaciones vecinales podrían dotar de nueva vida desde la base a una democracia representativa muy necesitada de ella. Por lo tanto, con esta nueva perspectiva el papel reivindicativo de los MSU, su autonomía, quedan diluidos, siendo legítimo preguntarse entonces hasta que punto es posible continuar hablando de Movimientos Sociales para referirse a organismos prácticamente de gestión, cada vez más institucionalizados.

También en América Latina se ha detectado una evolución parecida en la consideración de los MSU. Aunque ciertos autores continúan discutiendo el papel que pueden cumplir los MSU en la constitución de nuevos sujetos sociales y políticos, lo cierto es que en los últimos 20 años se ha extendido la tendencia a abordar su aportación a los procesos de democratización. Además, los MSU habrían dejado de centrarse únicamente en la demanda de los *medios de consumo colectivo*, para pasar a interesarse por la gestión de los efectos urbanos de la crisis del capitalismo (*M. Lungo*, 1989). En casi todos los países latinoamericanos inmersos en procesos democratizadores, como también ocurrió en España, los MSU sufrieron una situación de tensión más o menos próxima a la descrita por *P. Jacobi* (1987) para Brasil: se trataba de optar entre la necesidad de innovar frente a las nuevas condiciones o caer en la institucionalización aceptando las posibilidades otorgadas por el sistema político emergente. *P. Jacobi* plantea también, de una forma similar a la de *M. Castells*, las excesivas expectativas puestas en los MSU como motores del cambio social:

"Castells referiase a os mesmos como apontando para um futuro que fosse alternativo à opressão do capitalismo e simultaneamente à sociedade burocrática, onde o fim do franquismo abria a possibilidade de se pensar num futuro otimista. O mesmo autor mostra ainda importância dos movimentos urbanos no processo de democratização da Espanha e, simultaneamente, a importância da participação dos cidadãos para a transição do regime e do sistema, mas basicamente como setores componentes de um processo político mais amplo" (P. Jacobi, 1987:19).

De alguna manera, toda esta serie de análisis tienden a la convergencia con los de *A. Touraine* a propósito de los MSU en América Latina. *A. Touraine* (1989) consideraría que a estas alturas ya se podría dar por suficientemente probado que la pobreza aguda no da como resultado una extremada capacidad de acción. *A. Touraine* afirma, exageradamente para tratar de dar más credibilidad a sus aseveraciones, que las luchas de los pobladores nunca han

caminado de la mano con las luchas políticas. En realidad, los pobres de los barrios carenciados serían los más manipulables políticamente desde el poder. Pero *A. Touraine* tampoco visualiza estos barrios como lugares donde esté ausente cualquier tipo de organización social. Existiría una fuerte capacidad de autoorganización, eso sí alejada de cualquier pretensión revolucionaria:

"No se puede hablar, por tanto, de movimientos sociales urbanos, como sí a partir de los barrios más desfavorecidos se desarrollasen unas luchas sociales capaces de elevarse al plano político. Observamos más bien que, en ciertos barrios, se forman reivindicaciones que no logran encontrar expresión política autónoma, pero que pueden ser utilizados por intermediarios para ejercer una presión sobre la municipalidad, los servicios públicos e incluso el Estado. Estos, que no son directamente responsables de las malas condiciones de vida de los habitantes, transforman o tratan de transformar en clientela política a los grupos que presentan esas reivindicaciones" (A. Touraine, 1989:240).

A. Touraine reconocería, eso sí, un papel importante a este tipo de manifestaciones de la acción colectiva en lo que sería la consecución de la *ciudadanía*, en la obtención de una democracia más avanzada. Por lo tanto, existiría una confluencia de fondo importante con los autores citados.

La aportación de *F. Calderón y M.R. dos Santos (1990)* resulta muy importante puesto que, aún teniendo en cuenta el contexto cambiante de los últimos años, no renuncian a la posibilidad de una profunda transformación histórica de la sociedad, en la que los MSU podrían cumplir un papel importante. Durante los últimos años, y como consecuencia de la aplicación de políticas económicas de corte neoliberal, las necesidades de la población han aumentado notablemente. Aunque en principio las demandas se hacen hacia el Estado y no contra él, lo cierto es que la constatación de que este no quiere o no puede responderlas, abre la posibilidad de que aumente la conflictividad política. Sin embargo, la naturaleza fragmentadora y desmovilizadora de estas nuevas políticas entorpece los procesos de concienciación social:

"Estados, gobiernos provinciales y municipios que tienden a la exclusión de los habitantes de la toma de decisiones con respecto a políticas que regirán sus vidas cotidianas, los recursos básicos con los que contarán o no para la reproducción, tienden a generar movimientos autocentrados, monádicos, formas fragmentarias y particularistas de la acción popular, pérdida de la capacidad de generación de historicidad por parte del actor social y desligamiento de las identidades más globales en favor de identidades cada vez más particulares" (F. Calderón y M.R. dos Santos, 1990:13).

Sirva lo hasta aquí expuesto para introducir la discusión acerca de los MSU en los últimos años. El espacio necesariamente limitado de un artículo nos ha obligado a dejar fuera conscientemente a numerosos autores, pero creemos que el esbozo planteado resulta suficiente para aclarar inicialmente el objeto de nuestro trabajo, el punto hacia donde pretendemos dirigir nuestra atención. Cobran sentido entonces las líneas que siguen a continuación, donde rescataremos la discusión sobre los Nuevos Movimientos Sociales (NMS), tratando de establecer en que lugar ha quedado y, sobre todo, que sentido ha podido tener el tratar de analizar los MSU a la luz de la misma. Ello nos ayudará a caracterizar la realidad de los MSU en la actualidad y la conflictiva relación establecida entre los MSU y las políticas de participación popular y descentralización local. A partir de todo ello, establecemos una serie de perspectivas de lo que puede ser el futuro más inmediato de los MSU.

2. LA DISCUSION SOBRE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES.

Se ha hablado del "paradigma de la vieja política" para referirse a la forma de organización social, política y económica predominante en los Estados centrales a partir de la Segunda Guerra Mundial. Este se sostendría sobre lo que S. Bowles y H. Gintis bautizaron como "pacto asimétrico" entre capital y trabajo (recogido en L.E. Alonso, 1991:76): el trabajo habría aceptado como inevitables la lógica del mercado y la ganancia como principios básicos en la asignación de recursos, transformaciones tecnológicas, intercambio exterior y desarrollo de la producción y de la industria. Como contrapartida, el capital se comprometió a asegurar unas condiciones materiales de vida suficientes, la aceptación de la presencia sindical, la existencia de derechos democrático-liberales, el mantenimiento del empleo y el compromiso de hacer crecer las rentas reales en relación lineal aproximada con la productividad del trabajo. Por supuesto, todo ello se haría, siempre que fuese necesario, con la intervención del Estado. Por lo tanto, como señala L.E. Alonso (1991), la discusión quedó reducida a la distribución porcentual del output y no a su racionalidad o al sistema de producción y distribución social que subyace.

Pero desde los años sesenta, y extendiéndose a la primera mitad de la década de los setenta, surgen en la mayor parte de los países centrales más desarrollados una serie de movimientos que van a dirigir su acción esencialmente a discutir este consenso predominante. Desde luego desde distintos puntos de vista, pero también con importantes coincidencias, el movimiento estudiantil, el feminista, el ecologista o el movimiento por la paz, cuestionan desde su raíz la racionalidad de esta fórmula de organización social. Creemos, por lo tanto, poco acertada la postura de algunos autores (R. J. Palton, M. Knechler y W. Bürnlin, 1992) que considera a estos movimientos como un mero intento de adaptar las democracias a una nueva situación, un esfuerzo por mejorar el sistema sin cuestionarlo hasta sus últimas consecuencias.

Cuestión distinta es que las reivindicaciones de estos grupos no fuesen esencialmente económicas. C. Offe (1992) ha estudiado detenidamente las reivindicaciones de los llamados NMS, destacando que estas habrían girado en torno al llamado "mundo de la vida". es decir, oponiéndose a la dominación política, social y cultural. Lo fundamental sería la búsqueda de una nueva comunidad, la defensa frente a la creciente invasión de la vida por la racionalidad del mercado y el Estado de Bienestar (J. Habermas, 1987). Por eso, su base social es muy diversa, no pudiendo ser identificada en forma exclusiva con ninguna clase social.

Otra especificidad importante de los NMS es la de sus formas de organización. Lo más habitual sería la existencia de estructuras muy abiertas, deliberadamente poco burocratizadas, tratando de huir permanentemente de cualquier anquilosamiento. Existe un resquemor evidente en cuanto a la participación en las instituciones, desafiando a estas y reivindicando la autonomía respecto al poder político. Todo ello se hace especialmente patente cuando se estudian sus formas de protesta (sentadas, ocupaciones, boicots, etc), alejadas de las consideradas como "deseables" dentro de las democracias parlamentarias clásicas y que tanto asustaron a más de un pensador conservador. En realidad, a la larga, la mayor parte de estos movimientos han terminado por caer también en alguna forma de burocratización, puesto

que en el intento de alcanzar sus objetivos se han visto llevados casi de forma "necesaria" a un cierto grado de institucionalización.

Durante los últimos años el término NMS ha ido siendo abandonado paulatinamente. En realidad, como señala *M. Diani* (1994), la mayor virtud de esta denominación fue la de servir para referirse de una forma global a un conjunto de nuevos fenómenos con características diferentes a otras movilizaciones anteriores. Además, desde los años ochenta este tipo de movimientos ha entrado en una importante crisis, perdiendo mucha importancia como actor socio-político. *L.E. Alonso* (1993) ha destacado el sensible impacto que ha tenido sobre la sociedad la extensión de la Posmodernidad en esta década. Alonso resume muy acertadamente las causas por las que los NMS no habrían podido hacer frente a esta ofensiva:

A) En primer lugar, por el cumplimiento de su ciclo de vida. Ya se ha indicado que, finalmente, también los NMS se vieron afectados por la institucionalización.

B) En estos años se ha producido una aceptación pasiva de muchos valores y propuestas defendidos anteriormente por los NMS. Así se debería ser entendida, a nuestro juicio, la aparente adopción generalizada de unos supuestos usos y valores ecologistas. En realidad, un maquillaje que sirve para bloquear el potencial transformador del ecologismo.

C) La desregulación y la flexibilización, características de la etapa posfordista, han contribuido a instalar lo que *M. Maffesoli* (1990) ha denominado como nueva tribalidad. Un fenómeno tremendamente fragmentador, exaltador de una forma extrema de todo aquello que separa y, por lo tanto, elemento dificultador como ningún otro de la acción colectiva.

D) Por ello, los NMS más activos y combativos pasaron a un estado reactivo y defensivo. Frente a la esperanza de que era posible una victoria emancipatoria de los años sesenta y primeros setenta, hoy vivimos completamente sumergidos en lo que Alonso llama la cultura de la derrota.

E) La mayor parte de las movilizaciones de los últimos años han sido expresiones de protesta frente a las políticas neoliberales de privatización y desmantelamiento del Estado de Bienestar. Se pelea por la defensa de las políticas sociales.

F) El individualismo y el pragmatismo, junto con la aparición de situaciones que tienden a destruir los valores solidarios, han fomentado la aparición de movilizaciones particularistas. En definitiva:

"(...) la aparición y potencial generalización de conductas colectivas desarraigadas y poco estructuradas, supone la explosión de un particularismo conflictual donde la segregación, separación o rechazo de sujetos especialmente marginados en el capitalismo de los ochenta y primeros noventa organiza situaciones difusas de movilización ultraparticularista y excluyente que poco o nada relacionadas están, si acaso muy negativamente, con cualquier avance civilizatorio" (L.E. Alonso, 1993:13).

¿Y en América Latina?, ¿es también posible aquí hablar de la existencia de NMS?. Aceptando desde el principio los importantes riesgos que produce el hablar globalmente de una región tan diversa, lo cierto es que difícilmente podrían identificarse las movilizaciones sociales de los decenios más recientes en América Latina con lo que hemos convenido en denominar como NMS. No encontramos de forma mayoritaria una crítica al modelo democrático generalmente reinante sino, al contrario, una reivindicación del mismo, un deseo de ciudadanía plena donde se asegure para todos el mayor grado de bienestar posible. En realidad, esta situación es lógica si tenemos en cuenta que el Estado de Bienestar, con las caracte-

terísticas que hemos definido al inicio del artículo, nunca llegó a desplegarse en toda su integridad y que la experiencia reciente de regímenes políticos muy autoritarios ha dejado una terrible huella. Por supuesto, eso no quiere decir que la dominación cultural e ideológica denunciada por los NMS no esté presente en América Latina, pero sí que una parte sustancial de la población percibe otras necesidades como más perentorias. Desde luego, no se puede desconocer la aparición de actores sociales nuevos en la región (E. Jelin, 1989), pero sólo forzando mucho la realidad los mismos podrían ser equiparados a los NMS. En realidad, en lugar de hablar del surgimiento de NMS contruidos a partir de nuevas identidades y, de alguna manera, destinados a sustituir a los clásicos, sería más acertado hablar de una redefinición de ciertas parcelas del tejido social. Pero difícilmente desde estas nuevas expresiones sociales se podrá encabezar a esa gran masa de población excluida e ignorada por las políticas económicas neoliberales impulsadas en la región desde finales de los años setenta. En América Latina ésta es la dimensión última más inmediata del conflicto y, por lo tanto, ahí es hacia donde deberíamos dirigir nuestra atención cuando pretendemos hablar de Movimientos Sociales. La existencia de nuevas identidades colectivas, la aparición de actores sociales que quieren hacer oír su voz, no pueden llevar a caracterizar de forma reduccionista a estos como Movimientos Sociales

3. LA EVOLUCION RECIENTE DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Algunos autores han establecido una vinculación estrecha entre NMS y MSU. Incluso M.Castells (1986:416) ha afirmado que, en la medida en que los MSU priorizaron el valor de uso y la calidad de la experiencia sobre el valor de cambio y la centralización, se acercaron a los planteamientos de los NMS. En una línea parecida, E.Laraña (1993), cuando valora la naturaleza del movimiento ciudadano español destaca que este fue uno de los primeros que se planteó reivindicaciones culturales. Laraña recuerda su carácter pluriclasista (clases populares, profesionales y clases medias), la democracia interna en su funcionamiento, la reivindicación de la autonomía frente a los partidos políticos o la puesta en práctica de nuevas formas de movilización, como expresiones de esa proximidad con los NMS.

Pero estos rasgos parecen insuficientes para incluir a los MSU españoles entre los NMS. En España, el carácter de estas movilizaciones, como el de otras habría sido más bien modernizador, "*(...) entendiendo este concepto, no como la simple transposición mecánica de los clásicos modelos de la sociología política funcionalista norteamericana (...) sino, más bien, como un proceso de consecución de un orden moderno que se atenga al sentido clásico de la modernidad, esto es la visión de la sociedad no como un orden recibido, sino como un orden producido, en el que el mundo deja de ser un orden predeterminado de antemano al cual los agentes sociales se sometían, y pasa a ser un objeto de la voluntad, de los intereses y las acciones de los actores sociales*" (L.E. Alonso, 1991:85).

De forma parecida a lo que ocurría en América Latina, las condiciones políticas y económicas del Estado Español no eran equiparables a las de los países centrales más desarrollados. Los MSU españoles reclamaban la democracia que cuestionaban, por ejemplo, los NMS europeos. Reivindicaban también los medios de consumo colectivo que el franquismo les había negado. Es decir, no criticaban la legitimidad del Estado de Bienestar sino que, al contrario, lucharon por su ampliación.

Incluso en situaciones socio-políticas bien diferentes a la española, las reivindicaciones de los MSU difícilmente podrían ser incluidas en la corriente de los NMS. Por ejemplo, en los años sesenta los grandes conflictos sociales que tuvieron como escenario la periferia parisina se articularon en torno a la reivindicación de los medios de consumo colectivo.

Ahora bien, la discusión acerca de la naturaleza última de los MSU, no debe hacernos perder de vista su impacto sobre la construcción de la ciudad contemporánea. Lo cierto es que su aparición en situaciones muy diversas y en distintos periodos temporales, es una de las constantes del reciente proceso de urbanización. Frente a los planteamientos tecnocráticos que conciben la ciudad como un campo de experimentación para probar sofisticadas técnicas planificadoras, la realidad se resiste, mostrando un espacio urbano que termina siendo el resultado de las contradicciones entre los intereses de los diversos grupos sociales. Cuando el campo popular es capaz de articular sus intereses y oponer alternativas al proyecto de ciudad de las clases dominantes, las transformaciones están casi aseguradas. Así ocurrió, por ejemplo, en España en los últimos años del franquismo y en los primeros de la democracia en un contexto político hostil, cuando la decisión inapelable de los habitantes de las ciudades de participar en la conformación de su espacio urbano no pudo ser, de ninguna manera, frenada.

Y esto es especialmente importante en sociedades fuertemente urbanizadas, puesto que el cuestionamiento de la ciudad existente puede llevar en muchos casos a planteamientos de alcance más general. Por ello, los MSU estarían destinados a cumplir un papel importante en la constitución de alianzas políticas populares críticas con la deriva neoliberal de los últimos años. Pero lo cierto es que la experiencia más reciente parece indicar que atravesamos una etapa donde los MSU presentan, en líneas generales, una baja intensidad. En la mayor parte de los países se ha hecho evidente la crisis de los MSU: su poder de movilización ha descendido, su capacidad de presión también y, en muchas ocasiones, se haría difícil hablar de Movimientos Sociales propiamente dichos, puesto que los grupos existentes casi nunca llegan a plantearse un modelo de ciudad diferente. Se han multiplicado, eso sí, diversas expresiones comunitarias de tipo cultural, deportivo, etc, muy alejadas de cualquier planteamiento reivindicativo, en un repliegue hacia dentro motivado por el convencimiento último de que es imposible cambiar las cosas". La experiencia democrática ha sido, en ese sentido, frustrante, extendiéndose la idea de que da igual quién gobierne porque todos los políticos serían iguales.

De hecho, tanto en algunos países de América Latina, como en España, la caída de los MSU coincidió con la llegada de la democracia. *M.Castells* (1986) ha tratado de explicar este proceso refiriéndose en el caso español a la "*ambivalente relación entre partidos y movimientos*". Una vez consolidados los partidos y celebradas las elecciones, estos comenzaron a plantear veladamente que las asociaciones vecinales podían debilitar los cauces tradicionales de representación parlamentaria. Lo cierto es que, como señalábamos en otra ocasión, la democracia española, y seguramente esta afirmación es extensible a otros países donde se han producido procesos de transición a la democracia recientemente, ha reconocido muy escasamente el papel jugado por estos movimientos:

"Sin embargo, toda esta historia de la que fueron protagonistas los propios vecinos es, hoy en día, prácticamente ignorada. Y eso, a pesar de los beneficios tangibles que produjeron. Numerosos barrios de las periferias urbanas no consiguieron ver mejoradas sus condiciones de vida hasta el momento en que emprendieron estas movilizaciones. Las mismas

se convirtieron en un auténtico proceso democrático y participativo que, al cabo de los años, debe ser recordado con nostalgia. Por desgracia, la democracia consolidada se caracteriza por limitar la participación popular a las elecciones periódicas, dejando a un lado otras fórmulas de expresión de la población' (F. Díaz, 1992:1-2).

Lo cierto es que las políticas llamadas de participación ciudadana, casi siempre unidas a medidas de descentralización local, se han convertido en uno de los principales factores explicativos del declive de los MSU en los años ochenta. Con estas políticas, los ayuntamientos democráticos, seguramente en muchos casos sin pretenderlo deliberadamente, favorecieron un proceso de institucionalización de estas organizaciones. Se termina por perfilar, bajo distintas denominaciones, la figura del "representante vecinal encargado de hacer llegar a los *políticos* las supuestas inquietudes de los ciudadanos". De ahí a la transformación de muchos líderes vecinales en una especie de seudofuncionarios dispuestos a comprender" las enormes dificultades con que chocan las autoridades locales en sus tareas de gobierno, sólo hay un paso. En definitiva, se pasa de actuar como elemento confrontador a ser un auténtico colchón de posibles conflictos sociales, siguiendo un camino muy similar al de muchos sindicatos oficialistas en el terreno laboral. No hay que olvidar, además, que es muy común que este tipo de organizaciones desarrollen su actividad entre colectividades muy acostumbradas a obtener mejoras urbanas a través de relaciones clientelares de tipo político. Por lo tanto, el camino hacia la cooptación se encuentra muy abierto. La persistencia de un MSU estará muy ligado a su capacidad para mantener la autonomía frente a este tipo de presiones. Para ello, es muy importante la existencia de un proyecto alternativo de ciudad por el que luchar a largo plazo, dotando a su acción cotidiana de una coherencia con esos objetivos no inmediatos y favoreciendo la coordinación con otras organizaciones sociales del campo popular en la búsqueda de la conformación de una sólida expresión socio-política alternativa.

Es preciso interrogarse, por ejemplo, por el papel que deben cumplir las políticas de descentralización local. El boom que experimentaron durante los años ochenta llevó a que fuesen vistas en muchos casos, como una solución mágica que resolvería casi todos los problemas urbanos, sin entrar en mayores cuestionamientos. Pero lo cierto es que, si su aplicación no se orienta de una forma adecuada, los efectos Pueden ser los contrarios a los previstos.

En primer lugar, hay que recordar que las demandas de descentralización no partieron de los MSU. Algunos estudiosos de la descentralización (S. Peñalva, 1993) reconocen que en su origen se encontraría en los niveles intermedios del aparato estatal: gobernadores provinciales o regionales, intendentes municipales, funcionarios y técnicos de los niveles locales e intermedios de la Administración Pública, etc. Después de unos años, los municipios se ven abocados a prestar más servicios que nunca, con unos recursos que no han crecido sustancialmente. Entonces algunos hacen de la necesidad virtud, convirtiendo de la noche a la mañana el ámbito local en el escenario más idóneo para resolver las grandes carencias de la población. Así, desde una parte importante de la investigación urbana se contempla esperanzadamente la proliferación de organizaciones no gubernamentales y otro tipo de agentes municipales, etc, que, en realidad, surgen para dar respuesta al abandono del Estado de sus responsabilidades más básicas. Especialmente en los países donde la aplicación de las políticas económicas de corte neoliberal se está llevando a cabo de una forma más ortodoxa, a los sectores sociales de menores recursos se les anima a autoorganizarse para obtener la do-

tación de servicios urbanos que deberían constituir la base de una acción estatal mínimamente responsable. En la renuncia a la reivindicación de estos servicios urbanos, en la aceptación pasiva de este proceso como si fuera algo "natural" contra lo que nada se podría hacer, estriba uno de los mayores efectos perversos de estas políticas. Parecería haberse dado la batalla por perdida de antemano, refugiándose esperanzadamente en las nuevas supuestas posibilidades abiertas en el campo local:

"Las potencialidades de cambio centradas en la acción municipal entrañan, en ese sentido, la expectativa de fortalecimiento o de reconstrucción de un tejido socio-político en torno al cual pudieran verificarse y recrearse formas más democráticas de vinculación y articulación entre el Estado y la sociedad" (S. Peñalva, 1993:27).

Resulta muy preocupante la idealización del nivel local de actuación socio-político. Se le otorgan a este unas supuestas virtudes que no parecen corresponderse con las prácticas habitualmente observables. Precisamente, es en este nivel donde aparece en los últimos años un mayor número de casos de corrupción (recalificaciones urbanísticas, cobro de comisiones ilegales, pago de salarios con cargo a presupuestos municipales a personas próximas al partido gobernante que no desarrollan ninguna labor específica, etc.) y donde el clientelismo político se ejerce de una forma más coactiva, debido precisamente a esa proximidad con el vecino que tantas posibilidades nuevas parecería anunciar. Por supuesto, no se está negando absolutamente la posibilidad de la acción política al nivel local, únicamente se critica su idealización.

Durante los años ochenta, estas posiciones se vieron reforzadas desde la investigación urbana por planteamientos provenientes de la microsociología. Se reivindica la importancia de la cotidianidad en el proceso que cimentaría las redes de actuación de los MS en general y de los MSU en particular (A. Melucci, 1982). Pero el énfasis casi único puesto en estos mecanismos ha llevado a algunos autores a dejar a un lado la importancia trascendental para comprender estos MS de las condiciones de vida materiales y de la lucha por la conquista del poder. Estos enfoques, si se utilizan acertadamente, pueden resultar útiles para profundizar en el conocimiento de las pautas culturales de estos grupos y en los mecanismos de dominación político-ideológica que sufren en esta etapa posmoderna de la historia, pero al dejar fuera elementos esenciales, resultan insuficientes por sí mismos para abordar la problemática de estudio. Sin embargo, al hacer hincapié en la importancia de las redes sociales más próximas al individuo al tratar de aprehender como nacen y perduran en el tiempo los MS, han contribuido al reforzamiento de la idealización del nivel local.

Por lo tanto, el problema no es tanto la descentralización en sí misma, sino los contenidos y las expectativas que giran en torno a ella. Situaciones donde los Estados estén fuertemente descentralizados, pero en las que los ayuntamientos dispongan del reconocimiento político y de los recursos necesarios para ejercer sus funciones, perfilan un escenario completamente distinto que aquellos otros, dictaduras o democracias formales, donde a lo que se asiste es a un desmantelamiento del Estado en lo que respecta a sus responsabilidades sociales más elementales, desviando la responsabilidad de las previsibles consecuencias negativas a los municipios cuando no a los propios ciudadanos afectados (1).

4. PRESENTE Y PERSPECTIVAS DE FUTURO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES URBANOS

En definitiva, la actual etapa de repliegue de los MSU debe entenderse en un contexto generalizado de vuelta hacia lo individual y hacia los valores más insolidarios. La simpatía con la que a veces se observa ese retorno a lo particular, a lo "tribal", a la exaltación de cada identidad buscando la confrontación con el resto tan característico de estos tiempos posmodernos (*M. Maffesoli, 1990*), sólo puede ser vista con preocupación. En ningún caso, la crítica a la modernidad expresada por los NMS de los sesenta y primeros setenta, planteaba un desenlace de este tipo. Finalmente, durante la década de los ochenta se ha impuesto una propuesta conservadora, fragmentadora de lo social y desprestigiadora de lo político. Las consecuencias sobre el ámbito urbano de la reestructuración económica de corte neoliberal en marcha (desarrollo urbano orientado en función de intereses externos, crecimiento de la segregación socio-espacial, deterioro de los servicios urbanos, etc), contribuyen definitivamente al ensombrecimiento del panorama.

La práctica urbanística más reciente parecería empeñada en reforzar estos procesos. Nunca como en los últimos años, y especialmente en América Latina, se había auspiciado desde el Estado una política más favorable a los intereses de las clases dominantes en la ciudad. En realidad, esta ha pasado a ser considerada como una posibilidad permanentemente de enriquecimiento ilícito. La desregulación actual, consecuencia de una crítica mal planteada al planeamiento urbano anterior, ofrece posibilidades inimaginables a la proliferación de este tipo de prácticas. Se habla cínicamente de la construcción de la ciudad a partir del supuesto consenso obtenido entre los distintos actores urbanos. Pero, en realidad, las decisiones últimas, las importantes, se deciden de espaldas a los intereses de la mayor parte de los habitantes de la ciudad, ignorando a aquellos que podrían plantear problemas a las decisiones previamente tomadas (2).

Como consecuencia de todo ello, se ha dejado el camino abierto a la aparición de conflictos sociales con contenidos muy preocupantes. Concretamente en el campo urbano se han convertido en habituales los enfrentamientos que dejan a la luz la razón última de estos tiempos: el salvase quién pueda. La movilización producida recientemente en Buenos Aires en diversos barrios para evitar el realojo de personas procedentes de una villa de emergencia o los conflictos generados por motivos similares hace unos años en Madrid por vecinos de los distritos de Retiro y Moratalaz, muestran la magnitud de la amenaza a la que hacemos frente. A todo ello, habría que sumar las crecientes dificultades para la convivencia entre colectividades pertenecientes a comunidades culturales diferentes, la aparición en ciertos barrios de piquetes de vigilancia formados por vecinos y otras formas de movilización con contenidos semejantes. En conjunto, nada más lejos de algo que apunte a la construcción de una alternativa distinta para nuestras ciudades.

En este último sentido, hay pocos síntomas de que algo se esté moviendo. Las dificultades a superar son muchas puesto que en estos años los mecanismos de dominación ideológico-cultural se han sofisticado de una forma espectacular. La presencia omnipotente de la TV dentro de cada hogar por humilde que este sea, el endurecimiento de las condiciones de vida de la población trabajadora que se ve obligada a emplear cada vez más horas de su tiempo y en peores condiciones, para obtener menores rendimientos o las dificultades de todo tipo con que tropiezan las propuestas socio-políticas críticas, para abrirse paso frente al dogma fundamentalista neoliberal, son buena prueba de ello.

La constitución en los próximos años de nuevos MSU dependerá de la capacidad de articular las exigencias clásicas de servicios urbanos y de participación real en la construcción de la ciudad, con la apuesta por la solidaridad frente a la tribalización social y la concepción de la ciudad como negocio para unos pocos. El desmantelamiento del Estado de Bienestar allí donde este existía ha dejado en un segundo plano la crítica a su legitimidad que habían planteado los NMS de los países centrales. Asimismo, la crisis de los modelos tradicionales de democracia parlamentaria y la posibilidad de la emergencia de formas más autoritarias de dominación política, han contribuido a redefinir profundamente el escenario al que nos enfrentamos. La magnitud del desafío actual es, si cabe, mayor que hace unos años. Desde luego, que las movilizaciones del tipo recientemente descrito para el ámbito urbano van a resultar imprescindibles para abrir el camino a un futuro diferente. Aunque con contenidos obviamente distintos, ahora bajo la forma de la *Ciudad Global*, la ciudad como unidad económica, política y social vuelve a jugar en esta etapa histórica un papel fundamental. Por ello, la lucha por su redefinición es inseparable de la pelea por la constitución de otro modelo de sociedad.

NOTAS

1. Sobre las tendencias recientes en los procesos descentralizadores: *J. Borja, M. Castells y M. Belil*, 1989.
2. Este es, en muchos casos, el resultado del llamado pomposamente *Planeamiento Estratégico*.

BIBLIOGRAFIA.

- L.E.Alonso, "Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español: una interpretación", en: M. Beltrán (coord), *España a debate. Tomo II: La Sociedad*, Madrid: Tecnos, 1991.
- L.E.Alonso, "Postfordismo, fragmentación social y crisis de los nuevos movimientos sociales", *Sociología del Trabajo*, nº16, 1992.
- J.Borja, M. Castells y M. Belil, "Descentralización y gestión urbana", en: M. Lungo (comp), *Lo urbano: teoría y métodos*, San José de Costa Rica: CSUCA, 1989.
- F.Calderón y M.R. dos Santos, "Potencialidad y límites de los movimientos sociales urbanos. Tesis para revisar", *Revista Mexicana de Sociología*, 1990.
- M.Castells, *Crisis urbana y cambio social*, Madrid: Siglo XXI, 1.981.
- M.Castells, *La ciudad y las masas. Sociología de los Movimientos Sociales Urbanos*, Madrid: Alianza. 1986.
- M.Castells, *Movimiento vecinal y nuevo orden Mundial*, Madrid: CAVE-Biblioteca Básica Vecinal, 1992
- R.J.Dalton, M. Kuechler y W. Bürnlin, "El reto de los nuevos movimientos", en: R.J. Dalton y M. Kuechler (comps), *Los Nuevos Movimientos Sociales*, Valencia: Alfons el Magnanim, 1992.
- M.Diani, Entrevista realizada por A. Rivas, *Inguruak*, nº8, 1994

-F.Díaz, *La Coordinadora de Hortaleza: una Historia de participación*, Madrid: CA-VE-Biblioteca Básica Vecinal, 1992.

-J.Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid: Taurus, 1987.

-P.Jacobi, "Movimientos sociales urbanos numa época de transição: limites e potencialidades", en: E. Sader, *Movimentos Sociais na transição a democracia*, San Pablo 1987.

-E.Jelin (comp), *Los Nuevos Movimientos Sociales*, Buenos Aires: CEAL, 1989.

-E.Laraña, "Movimientos Sociales", en: S. Del Campo (dir), *Tendencias Sociales en España (1960-1990)*. Bilbao: Fundación BBV, 1993.

-M.Lungo, "Movimientos y organizaciones urbanos", en: M. Lungo (comp), *Lo urbano: teoría y metodos*, San José de Costa Rica: CSUCA, 1989.

-M.Maffesoli, *El tiempo de las tribus*, Barcelona: Icaria, 1990.

-A.Melucci, *L'invenzione del presente: movimenti, identita, bisogni individuali*, Bolo-
nia: Il Mulino, 1982.

-C.Offe, *Partidos Políticos y Nuevos Movimientos Sociales*, Madrid: Sistema, 1992.

-S.Penalva, "Descentralización y cambios en la relación Estado/Sociedad", *Habitar Ciudades*, nº1, 1993.

-Ch.Pickvance, "The rise and fall of urban movements and the role of comparative analysis", *Environement and Planning*, vol.3, 1985.

-A.Touraine, *América Latina. Política y Sociedad*, Madrid:Espasa-Calpe, 1989, pp.161-295.

Boletín de Suscripción

Cuadernos África América Latina

Nombre:.....

Dirección:.....

Población: C.P.:

Provincia: Teléfono:

Profesión:

Suscripción Anual:

NORMAL	3.000 Pesetas año
APOYO	4.000 Pesetas año
EXTRANJERO:	40\$ año

Forma de pago:

Talón Número:

Giro Postal a nombre de SODEPAZ

Fecha:

ORDEN DE PAGO

Sr. Director del Banco o Caja:

Dirección: Sírvase atender hasta nuevo aviso, y con cargo a mi cuenta, los recibos que le sean presentados por la revista *África América Latina. Cuadernos*.

Titular de la cuenta:

Nº de cuenta:

Atentamente,

(FIRMA)